

Tronchan entrambos brazos á un guerrero;
Hieren á otro; y la cabeza salta
A un tajo de mandoble, palpitante,
Del tronco de un tercero separada.

Tres quedan; de los cuales uno esgrime
Con fiero impulso la potente clava
Sobre la frente del infausto Olea,
Cuyo cadáver á las ondas baja.

A tal ejemplo, Lerma se sustrae
Y acorre á sus confusos camaradas
Que en vano buscan al caudillo atónitos
En medio del horror de la batalla.

Cuando le ven, le inquietan, le preguntan,
Llenos de dudas, de terror, y ansia;
Él por respuesta única, les pide
Hombres, caballos, proteccion, venganza.

Los hidalgos y un grueso de pedestres,
Y Quiñones el gefe de sus guardias,
Vuelan en pos de Lerma: relumbrando
Al raudo curso, sus paveses y armas.

Cortés, vuelto al sentido, dentro el foso,
Con sus fieros raptos forcejaba.
En vano brilla entre su mano hercúlea
El limpio acero de filosa daga;

Porque un guerrero de fornidos músculos,
Fiero mirar y gigantesca talla,
Le aferra el brazo; en tanto que sustenta
Sobre sus hombros la difícil carga.

¡Cuán sublime el terrífico espectáculo!
Lleva el atleta su atrevida planta
Sobre un puente formado de cadáveres
Cuyos huesos, horrisonos quebranta,

En tanto baten las coposas plumas
De su penacho las inquietas auras,
Brillan sus ojos, y en sus labios móviles
Con fiero orgullo la sonrisa vaga.

¡Mas he ahí ya el auxilio suspirado!
—Del sol poniente la postreras ráfagas
Hiriendo las bruñidas armaduras,
Se reflejan doquier multiplicadas.

Cortés las ve, y en su extinguido espíritu
Renacen halagüeñas esperanzas.
Ya se lidia en la margen contrapuesta:
Resuenan á los golpes de las clavas

Las férreas armaduras: y los pechos
Hienden doquier las relumbrantes lanzas.
Cortés en tanto mide cuerpo á cuerpo
Con el hercúleo azteca su pujanza.

“Malintzin” le decía el mexicano,
 “¿Quién ofreció una víctima mas cara?...”
 = Mas fué mucho exigir de la fortuna!
 Desliza en los cadáveres la planta

Del valiente guerrero. Hernando entonces
 Puede vibrar la brilladora daga!...
 Contempla unos instantes al caído,
 Y en su pecho magnánimo la clava.

Un paje es el primero que penetra
 Hasta Cortés. El potro le prepara
 Mas lindo, mas ligero y belicoso
 Que nunca diera su arabesca raza;

Mas un golpe mortal de javelina
 Le postra en tierra. Acuden á bandadas
 Mexicanos é iberos, disputándose
 La inestimable presa arrebatada.

Y es la lucha espantosa! = A un tiempo juegan
 Arcabuces, ballestas, dardos, lanzas...
 Detonando los bronces fulminantes
 Al vomitar sus frascos de metralla.

Con la sangre y el limo, cabe el foso,
 Bajo el paso se engendra una amalgama,
 ¡Y ay del ibero cuyo pié deslice
 Por la fatal, resvaladiza pasta!...

Arrastrado en instantes entre ligas
 Al fondo de las ávidas piraguas,
 Cual trofeo precioso, se le arroja
 De Cuahutimoc á las reales plantas.

Logra por fin Quiñones ingenioso
 Sustraer al caudillo: el cual levanta ¹⁰⁸
 Las haces que le restan, ordenando,
 Se entregue la ciudad, en represalia

De la total derrota y sus peligros,
 A discrecion de inextinguibles llamas.—
 He aquí el efecto del cruel mandato:
 = Es media noche: Miente allá en el agua

Xoloc meciendo sus bruñidos muros
 A los reflejos de distantes ráfagas.
 Mal herido Cortés, curioso asciende
 A un templo excelso, do su vista alcanza

A contemplar, como Neron á Roma,
 Envuelta en fuego á la ciudad infausta.
 ¡Qué horroroso espectáculo! parece
 Que, por influjo de maligna causa,

Se labraron sus pórticos, alcázares,
 Templos, muros, fortines y esplanadas,
 Puentes, canales, arcos y obeliscos,
 ¡En roca viva de candente ascua!

Alumbra siete leguas en contorno
La encendida ciudad! El lago esmaltan
En derredor los vívidos reflejos
Que sus fulgores undulantes lanzan.

Y las linfas, un tiempo tan felices,
Tan tranquilas un tiempo, tan diáfanas,
En cuyo espejo límpido mecían
Las flores sus poéticas chinampas....

¡Las linfas!... ora con impulso lento,
Apénas osan arrastrar pesadas
Sus gruesas ondas, en la sangre tintas,
De ochenta mil que fueron por la patria,

Y ochenta mil traidores aliados
Que militaron por la inicua causa.
—Al reflejarse la ciudad candente
En el cristal sangriento, semejara

Una ciudad de fuego, repetida
En un lago de fuego, cuyas aguas
Son también fuego, acaso sombreado
Por los cambiantes de sangrientas fajas,

O por grupos de lívidos cadáveres
Que entre la sangre fluctuando vagan,
Cual si fuesen los manes vagabundos
De sus altivas belicosas razas.

Cortés, empero su cruel carácter,
Desazonado oculta la semblanza
Entre ambas manos!.... Mas su diestra aferra
Una vision de gigantesca talla,

Que, á la luz del incendio, reconoce
Ser el guerrero en quien clavó su daga.
“¡Mira!” le dice con la voz terrible,
Y el Mexitl culminante le señala.

Y al resplandor siniestro reconoce
¡Qué horror! clavadas á cuarenta escarpías
Otras tantas cabezas de españoles
Que reconoce en la coposa barba! ¹⁰⁹

“Goza, español sangriento!” continúa
Con sonrisa sardónica el fantasma,
“Pude sobrevivir.... ¡concluye ahora
La obra que dejaste comenzada!”

“¡Tránsfuga del infierno!” le interrumpe
Hernan Cortés, y sacudió la planta;
Y saltó la cabeza del guerrero
Al formidable tajo de su espada.

Fué todo obra de un instante rápido:
Y los testigos de esta escena estraña,
Y de la escena aún mas espantosa
Del cruento Mexitl, se acobardaran

A tal extremo, que en la noche misma
Abandonando sus laureles y armas,
Huyeran: ó volviéndolas traidoras
Contra su mismo héroe, le acabaran,

Si este que trasluce tal peligro
No deshiciese así la negra trama.
=Reuniendo á los primeros cabecillas,
Antes aún que brille la mañana;

Enteramente solo, y desarmado,
Con firme voz é inalterable calma,
Puesto de pié sobre pendiente roca,
Les contempla en redor, y así les habla:

“ Me buscabais?... Rasgasteis los pendones
“ Que os cubrieron de gloria; y las espadas
“ Trocasteis por puñales que en mi pecho
“ Clavar debisteis!... ¡Heme aquí sin armas!
.....

“ Ea! qué haceis? ¡De todas las empresas
“ Retrocedisteis cual menguados mandrias?
“ Huid, cobardes! = Si ante solo un hombre
“ Que se os entrega inerme, se rebajan

“ Los ponderados brios.... ¡Qué pudiera
“ Esperarse de vos en las batallas
“ Con unos enemigos que sucumben,
“ Antes que nunca recatar la planta?
.....

“ Un esfuerzo no mas!.... Y extinta México,
“ Dobla la frente el altanero Anáhuac:
“ Un esfuerzo no mas!... y, á este esfuerzo,
Cortés es solo; mas Cortés se basta! ”

Dijo: y lanzó por medio las tinieblas
En centellas de fuego una mirada;
Tornó á mirarlos con profundo odio,
Y con desprecio, les volvió la espalda.

“ Cortés! Cortés! ” le dicen los culpados,
Cual cediendo á influencia simultánea,
Y abrazando los piés del estremeño
Cubriéndolos de besos y de lágrimas.

“ Cortés! He aquí los pérfidos aceros!
“ Húndelos por piedad en las entrañas
“ Que dar pudieran, un instante, abrigo
“ A concepcion tan negra, tan menguada!

“ Ah!... si esperar pudiésemos que un dia
“ Nos devolvieses por bondad tu gracia!...
“ Si fuera dado á estas infames diestras
Volver aún á fulminar la lanza!... ”
.....

Decian; y arrastrábanse en el polvo
En pos del capitan; cuyas pisadas,
Acaso con su llanto humedecian,
Acaso con sus labios enjugaban.

Ya no pudo el bandido contenerse:
 (En medio tantos crímenes resalta
 Por no sé qué fenómeno divino
 Tal vez un rasgo de ternura cándida)

“ Compañeros! ingratos compañeros! ”
 Les dice, y conmovido les abraza,
 “ Vos corristeis conmigo cien peligros,
 “ Sustentasteis conmigo cien batallas,

“ Vos llevareis conmigo cien laureles
 “ Con que me brinda liberal la fama:
 “ Vuestro nombre y mi nombre, gloriosos,
 Centellarán sobre la misma página!”

Dijo; y en triunfo, arrebatado vuela
 A sus reales.—Entre tanto el alba
 Desgarrando el crespon de las tinieblas,
 En áureo flúido el universo baña.

.....

—Mas, ah! pluguiese al cielo, y sus fulgores,
 Sepultos en los senos de la nada,
 Jamas tendiesen sus centellas trémulas
 En la que fué la corte del Anáhuac.



Y tú ¡dó estás, ciudad de las ciudades,
 Emperatriz del Septentrion infausta?...
 ¡Qué resta de tu orgullo y poderío?
 ¡Qué de tu gloria y juveniles galas?

Ah! no se puede menos!... sin quererlo
 Asoman á los párpados las lágrimas!...
 ¡Un laurel, un renglon, una diadema,
 Y un mauseolo de ceniza helada!

En derredor!... pavesas y cadáveres!...
 Y un lago muerto, de sangrientas aguas!...
 Mas allá aún, esencias vagabundas,
 Que huyeron de las flores abrasadas.

.....

—Y dó están Cuahutimótzin y Tecuichpo,
 Y Tízoc, y Xolotl!... dónde sus vastas
 Posesiones sin fin, que se extendian
 Entre horizontes de carmin y gualda?

Y dónde las legiones, cuyas plumas
 Sus ciudades y campos esmaltaban,
 Reverberando el iris apacible
 De zafiros, diamantes y esmeraldas?

.....

—Aquellos personajes, y un puñado
 De invictos combatientes!... y unas cuantas
 Moribundas familias, solo quedan
 De tanta gloria, de opulencia tanta!

=El palacio imperial de Tlaltiloco
Es ahora el asiento del monarca: ¹¹⁰
Los convecinos pórticos y templos
Y las que restan, miserables casas,

Del pueblo el actual alojamiento:
De los guerreros los vivacs y plazas.
¡Dó está la inmensa poblacion, que un día
Al agitarse acaso alborozada,

Corriendo en pos de públicos placeres
Dió aliento y vida á la ciudad infausta?
¡Dó están sus juegos y ruidosos circos,
Dó sus guerreras y vistosas danzas?

¡La gente y su ciudad! ¡Cómo ha podido
Tanto y tanto caber, en una área
Por áustro y bóreas, occidente y orto,
Con tan estrechos límites marcada?

Ah! y á estos restos míseros no queda
Mas que el hálito en medio tantas plagas:
¡Un hálito infeliz que se disputan
La sed, la hambre, la inficion, la espada!...

Mirad: hasta en el seno de la tierra,
Removidas sus cónditas entrañas,
Un alimento miserable buscan....
Las fibrosas raices de las plantas!

Tal vez al musgo que engendró la linfa,
La linfa tinta en sangre! se abalanzan!....
Tal vez á los renuevos de los árboles,
Cuando asoman apenas á las ramas!....

O, desnudos los árboles, acaso
Devoran los insectos y las ratas,
Restantes de los otros que han huido
De aquella tierra, á su existencia, ingrata.

En confusion, ancianos y mugeres,
Niños y hombres, vírgenes y ancianas,
No tienen mas que el palmo de terreno
Que estando en pié dibujan con sus plantas.

Acaso yace en limitado lecho
Un moribundo ser; á cuya espalda
Se extienden insepultos los cadáveres,
Tal vez del padre, de la dulce hermana.

.....
=Ved mas allá: qué horror! de entre los cuerpos
Que flotan al impulso de las aguas,
Sale un rostro viviente, cuyos ojos
Revuelven sus pupilas apagadas:

Es una gran señora, cuyos timbres
Son los que lleva la reinante casa!
¡Tres días ha, que allí, sin alimento,
La hora extrema con valor aguarda!....¹¹¹

Empero, nadie cede. Los guerreros
Aún esgrimen la potente clava:
Los moribundos mismos se enderezan
Amenazantes, si se mienta á España.

Mas qué diré del animoso jóven,
Cuya diestra fortísima recata
Todo un imperio que, traidor, revuelve
Sobre el doncel sus parricidas armas?

=Un príncipe cautivo á quien se acuerda
La libertad, porque el mensage traiga,
Le propone una paz la mas honrosa:
Se le deja el gobierno del Anáhuac;

*Las naciones rebeldes reconocen
Su dominio imperial: y levantadas
Las falanges iberas, restitúyense
En el instante á su remota patria.*

*Mas su corona debe, en cumplimiento
De la obediencia que juró espontánea
Moteuczoma II á Carlos V,
Ser, so pena de muerte, tributaria.*

“¿Y á este precio tan vil has conquistado
Una vil libertad, infame mandria?”
Dijo el emperador: y entre sus órbitas
Brillaron sus pupilas cual dos ascuas. ¹¹²

“¿Os presumisteis tú, y el que te envía,
Que siempre fué de las aztecas razas
Cuyas frentes ciñeron la diadema,
Cual Moteuczoma Xocoyotl, ser cándidas?”

“Creéis que de mi mente se pudieran
Borrar jamas las hórridas matanzas
De Cholóllam, y aquella del Mexitl?
La violacion de las augustas aras?”

“El rapto vil del imperial tesoro?
Y las muertes de prendas, que tan caras
Fueron á este corazon sensible:
Cuahupopoc!.... Xicotencatl!.... Cacama!.....

“Vuelve, menguado! y si la negra suerte
Que te estaba cautivo preparada
Valor no tienes á arrostrar, te queda,
É iré á cambiar mi vida por tu infamia!” 37

Dijo; y al ver que el príncipe, confuso,
Vacila inmóvil; súbito se lanza
Hacia el umbral. El príncipe, entendiéndole,
Desnuda rauda una española daga,

Y con feroz impulso traspasándose,
La revuelve suicida en sus entrañas;
Balbuciendo, al caer bañado en sangre,
Estas de paz, tristísimas palabras.

“Yo sé morir, oh héroe! mas no puedo
Resistir el acento en que me hablas!
“¡Pluguiese al cielo, y esta humilde víctima
Valiese, fiel, la salvación de Anáhuac!”

Dijo: exhaló un ternísimo suspiro,
Abrazó las rodillas del monarca,
Besó la orla de su régia túnica,
Y apagó entre sus pliegues la mirada.

Cuahutimótzin le abraza, le acaricia,
Cubre su rostro de copiosas lágrimas,
Pide socorro con herido acento....
¡Mas ya era extinta su gentil semblanza!

Y en su dolor, se mesa los cabellos....
Y ora sus ojos en el jóven clava,
Ora, á través de sus diamantes líquidos,
Mira hacia el cielo con ternura amarga!

Al fin, mostrando á algunos de sus pajes
Los despojos sangrientos, así exclama:
“Conducidle á Cortés; y lo que visteis
En respuesta decid, de su embajada.”

Los pajes con respeto religioso
Colocan el cadáver en un arca,
La que, cerrando luego, en hombros llevan
Al campamento de la opuesta banda.

Y despues de narrar al estremeño
Algunas importantes circunstancias,
Describen el extraño desenlace
Abriendo á par la misteriosa caja:

Y aquel hombre de hierro retrocede
Trés pasos hacia atrás, cuando á sus plantas
Reconoce el sangriento testimonio
Del raro temple de la azteca raza.

—“Pues que la suerte lo prescribe, sea!”
Dijo: y su voz resuena en las montañas
Con el retumbo que siniestro explica
De escondido volcan las amenazas.

Al intento, la pródiga fortuna
Arroja á Veracruz una fragata
Que parte fué de aventurera flota
A expedicion diversa, destinada.

Viene la nave que torciera el giro,
De doscientos infantes tripulada,
Y henchida de arcabuces y ballestas,
Y vestuario, pólvora y metralla. ¹¹³

Doce dias despues, con este auxilio
Y diez nuevas falanges texcocanas;
Recobradas las huestes, las heridas
De la postrera lid cicatrizadas:

Dictó su plan el incansable Hernando
A los caudillos todos de sus armas.
Era aquel: "no avanzar sobre el mercado
Un palmo, sin dejar fosos y zanjas,

Acequias, cortaduras y canales,
Firmes y tersos como férrea plancha:
A cuyo fin destina los escombros
Que no bastaron á tragar las llamas. ¹¹⁴

Veinte mil tlaxcaltecas á este efecto
El feroz estremeño dedicara.
=Suenan el clarín: por contrapuestas líneas
Las mortales columnas se adelantan:

Fulmina el bronce, y la espirante México
Siente cimbrar su fluctuosa área.
Los mosqueteros, cuyas dobles filas
Con firme paso á descubierto marchan,

Ora sostienen graneado fuego,
Ora á la vez unísonas descargas:
Y al zumbo de la alígera saeta
Se cruzan los chirridos de las balas.

Y el fragor espantoso interrumpian—
El golpear siniestro de las barras,
O el estruendo de excelsos edificios,
Cuyos marmóreos muros desplomaban.

"Tlaxcaltecas cobardes," prorumpian
Los fieros mexicanos; "viles mandrias,
"Desmantelad! que nuestros, ó de Iberia,
Mejorareis la suntuosa fábrica!"

.....
¡Profecía terrible, que el transcurso
Del tiempo vino á confirmar de exacta! ¹¹⁵
No de México esclavos los traidores;
Mas esclavos, oh afrenta! de la España....

Ah! que hácia el bóreas la encendida tea
 Penetra de las huestes castellanas,
 " El asesino del Mexitl " la aplica
 Al templo, y á sus dioses, y á sus aras.

Y en tanto, se combate á triunfo ó muerte,
 En el átrio, en sus pórticos y gradas,
 Y allá tambien en medio el elemento
 Sobre el cuadrado de la excelsa área.

Cortés, Ordaz y Olid, muertas las haces
 Que durante seis horas recataran
 De sus hinchadas huestes el orgullo,
 De su caudillo la altanera planta,

Tambien penetran, derruido el muro,
 Del gran mercado á la tendida plaza.
 ¡Y allí el foco terrible de las luchas,
 Y allí el terrible horror de las matanzas!

¡Y allí por una parte las crueldades,
 Y allí por otra parte las venganzas,
 Y el valor, y el coraje, el fuego, el brio,
 La abnegacion, la gloria, por entrambas!

Cortés qué, si de crímenes nefandos
 Puso en su rostro la indeleble mancha,
 Tiene rasgos comunes á lo héroes;
 Queda de pronto cual inmoble estatua:

Sorprendido de hallar tanto heroismo,
 Tanta ternura por la dulce patria,
 Y tanto ardor y sacrificios tantos,
 Y tanta gloria y fortaleza tanta.

" ¡Vivan! " gritó: y tronando los clarines,
 La suspension ordenan de las armas:
 Y se plegan las haces; bien que hirvientes
 Como la mar cuando el Señor la aplaca.

Empero algunos, ávidos de oro,
 Vuelven el paso á las traspuestas casas:
 Y allí es aún mayor el heroismo,
 Los esfuerzos, mas dignos de alabanza.

¡Aquí un anciano, por la hambre trémulo,
 Lívido el rostro, muerta la mirada,
 ¡En la defensa del hogar empuña
 El fragmento enpolvado de una clava!

¡Allá un niño, consumto, macilento,
 Piedras sustenta, que á extinguir bastaran
 La fuerza débil del reciente vástago;
 Pero que arroja con feroz pujanza.

Y mas lejos aún, dos combatientes
 Al pecho heridos de mortales balas,
 Para lanzarse al enemigo odioso,
 Del lecho de agonía se levantan.